

El Don Inefable

Por Padre Carlos Chiniquy

El Prólogo

El Padre Chiniquy era un sacerdote famoso del Canadá. Nació en Kamuraska, Quebec, el 2 de julio de 1809. Allí fundó la primera sociedad anti-alcohólica, y recibió el título de “Apóstol de la Temperancia del Canadá.”

Debido a su capacidad, fué comisionado a conducir un grupo numeroso de canadienses franceses quienes establecieron una colonia en el Estado de Illinois, Estados Unidos de Norte América.

Hacia el fin de su vida llegó a ser amigo del Presidente Abraham Lincoln.

Visitó a Inglaterra varias veces y la siguiente historia de su conversión fué dada por primera vez en Londres.

Su vida se prolongó hasta la edad de noventa años y murió en Montreal el 16 de enero de 1899.

* * *

El Don de la Salvación

Nací en la Iglesia Romana en 1800, y fuí ordenado sacerdote en el año de 1833. Por veinte y cinco años fuí sacerdote de dicha Iglesia; y os digo, amigos míos, con toda franqueza, que amaba a la Iglesia de Roma y que ella me amaba a mí. Habría estado dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre por mi Iglesia, y habría dado mil veces mi vida por extender su poder y dignidad en todo el Continente Americano y en todo el mundo. Mi gran ambición era convertir a los protestantes y llevarlos a mi Iglesia, porque se me enseñó y así lo prediqué que fuera de la Iglesia de Roma no había salvación, y me entristecía mucho que aquellas multitudes de protestantes tendrían que perderse.

Unos años después de que nací nos cambiamos a un lugar en donde no había escuelas. Mi querida madre fué entonces me primera maestra, y el primer libro en que

me enseñó a leer fué la Biblia. Cuando tenía ocho o nueve años, leía el divino Libro con increíble placer y mi corazón se arrobaba con la hermosura de la Palabra de Dios. Mi madre escogía los capítulos que yo leyera, y yo les ponía una atención tal que muchas veces rehusaba ir afuera a jugar con los muchachos para solazarme con el placer que me producía la lectura del Santo Libro. Me gustaban algunos capítulos más que otros, y los aprendía de memoria.

Mi madre murió repentinamente, y no mucho después la Biblia desapareció de la casa. Probablemente un sacerdote había enviado a alguien para que se la llevara. Aquella Biblia es la raíz de todo en la historia de mi conversión. Fué la luz puesta en mi alma siendo yo joven y gracias a Dios que aquella luz nunca se ha extinguido. Allí ha permanecido. Es a aquella querida Biblia, por la misericordia de Dios, a la que debo hoy el gozo inefable que siento de estar entre los redimidos, entre aquéllos que han recibido la luz y beben de la fuente pura de la verdad.

Pero quizá vosotros diréis, “¿No permiten los sacerdotes católicos romanos que sus feligreses lean la Biblia?” Sí, y doy gracias a Dios que así es; y es probable que se jacten de este privilegio. Es un hecho que hoy, casi por todo el mundo se concede permiso de leer la Biblia, y encontraréis la Biblia en las casas de muchos católicos romanos.

Pero una vez que hemos confesado esto debemos decir la verdad. Cuando el sacerdote de Roma, en el día de hoy, pone una Biblia en las manos de sus feligreses, o un sacerdote recibe una Biblia de su Iglesia, hay una condición. La condición es que aunque el sacerdote a los feligreses pueden leer la Biblia, deben jurar que jamás interpretarán una sola palabra conforme a su conciencia, a su inteligencia, o a su propia mente. Cuando fuí ordenado sacerdote juré que interpretaría las escrituras conforme al consenso unánime de los Santos Padres.

Luego, amigos míos, id a los católicos romanos del día de hoy y preguntadles si tienen permiso para leer la Biblia. Ellos os dirán, “Si, yo puedo leerla.” Pero preguntadles, “¿Tenéis permiso para interpretarla?” Os

dirán, “ ¡No!” El sacerdote dice terminantemente al pueblo, y la Iglesia dice terminantemente al sacerdote, que ellos no pueden interpretar ni una sola palabra de la Biblia según su entendimiento y su conciencia, y que es un pecado condenable que se echa sobre sí el interpretar una sola palabra. En efecto, el sacerdote dice al pueblo, “Si tratáis de interpretar la Biblia con vuestra inteligencia, estáis perdidos. Es el libro más peligroso. Podéis leerlo, pero no lo podéis entender.”

¿Cuál es el resultado de tal enseñanza? El resultado es que aunque los sacerdotes y el pueblo tienen la Biblia en las manos, no la leen. ¿Leeríais un libro si habéis sido persuadidos de que lo que consideráis como la más grande autoridad sobre la tierra dice que el libro es peligroso para vosotros, y que no podéis entender ni una sola palabra por vosotros mismos? ¿Seríais tan insensatos de gastar vuestro precioso tiempo en leer un libro del cual estuviérais persuadidos no entender ni una sola línea? Entonces, amigos míos, ésta es la verdad acerca de la Iglesia de Roma. Ellos tienen muchas Biblias; encontraréis muchas Biblias sobre las mesas de los sacerdotes y de los legos, pero entre diez mil sacerdotes no hay dos que lean la Biblia desde el principio hasta el fin y que le pongan atención. Leen unas pocas páginas aquí y allí, eso es todo.

En la Iglesia de Roma la Biblia es un libro sellado, pero no fué así conmigo. Yo la había encontrado preciosa a mi corazón cuando era pequeño y cuando ya fuí sacerdote de Roma la leía para ser fuerte y para adiestrarme en la controversia con los ministros protestantes.

Mi gran objeto era confundir a los ministros protestantes de América. Conseguí un ejemplar de “Los

Santos Padres” y lo estudiaba día y noche para prepararme para la gran batalla, que deseaba librar. Hice este estudio para fortalecer mi fe en la Iglesia de Roma.

Pero, bendito sea Dios, que siempre que leía la Biblia había una voz misteriosa que me decía, “¿No ves que en la Iglesia de Roma no sigues las enseñanzas de la Palabra de Dios, sino sólo descansas en la tradiciones de los hombres?” En las calladas horas de la noche cuando oía aquella voz, yo lloraba y vertía lágrimas pero se repetía con la fuerza del trueno. Quería vivir y morir en la Santa Iglesia Católica Romana, y le rogaba a Dios que acallara aquella voz, pero la oía aún más fuerte. Cuando yo leía su palabra El trataba de romperme las cadenas. Venía a mí con su luz salvadora, pero yo la rehusaba.

No tengo rencor en contra de los sacerdotes de Roma. Algunos de vosotros pensarán que lo tengo. Estáis equivocados. Algunas veces lloro por ellos, porque se que aquellos pobres hombres, así como yo lo hice, están luchando contra el Señor, y que son tan miserables como yo lo era. Si os relato una de las luchas de que os hablo entenderéis lo que es ser sacerdote de la Iglesia de Roma y oraréis por ellos.

En Montreal hay una espléndida catedral, capaz de acomodar a quince mil personas. Acostumbraba yo predicar allí con mucha frecuencia. Un día el obispo me pidió que predicara sobre la Virgen María, y tuve mucho gusto de hacerlo. En ocasión de una gran festividad prediqué en la catedral, delante de los obispos, la doctrina del Catolicismo Romano relativa a la Virgen María. Dije al pueblo lo que en ese tiempo pensaba era la verdad y lo que los sacerdotes creen y predicaban dondequiera. He aquí una parte del sermón:

“Amigos míos, cuando un hombre se ha rebelado contra su rey, cuando ha cometido un gran crimen contra su emperador ¿viene solo a hablarle? Si tiene que pedir un favor a su rey, ¿intenta él en tales circunstancias comparecer solo ante su presencia? No, el rey le rechazaría. ¿Qué hace en tal caso? En lugar de ir solo, escoge a uno de los amigos del rey, a alguno de sus oficiales, algunas veces a la hermana o a la madre del rey, y entonces pone la petición en sus manos y ellos van a hablar en favor del culpable. Piden perdón para él, aplacan la ira del rey y muy a menudo éste les concederá el favor que habría rehusado de otra manera al culpable.

“Entonces,” dije yo, “todos somos pecadores, todos hemos ofendido al grande y poderoso Rey, Rey de reyes. Nos hemos rebelado en contra del El. Hemos hollado sus leyes bajo nuestros pies y sin duda El está airado contra nosotros. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Iremos con las manos llenas de iniquidades? ¡No! Pero gracias a Dios que tenemos María, la madre de Jesús, nuestro Rey, a

READ

THE BAPTIST CHALLENGE

www.centralbaptistchurch.org

M. L. Moser, Editor

**Pastor Emeritus
CENTRAL BAPTIST CHURCH
15601 Taylor Loop Rd.
Little Rock, AR 72223
Email: mlmoser1@juno.com**

su diestra y como un buen hijo nunca rehusa un favor a su madre amada, así Jesús nunca negará un favor a María. El nunca le negó ninguna petición que ella le hizo cuando estuvo en la tierra. Jamás El rechazó a su madre de manera alguna. ¿Dónde está el hijo que rehusaría un favor a su madre querida cuando él podría hacerla gozar concediéndole lo que quiere? Luego, os dije, que Jesús, el Rey de reyes no es sólo el Hijo de Dios, sino el Hijo de María, y El ama a su madre. Y como El nunca le negó ningún favor a María, jamás le negará ningún favor en el día de hoy. ¡Ah! nosotros no podemos presentarnos delante del gran Rey, cubiertos como estamos de la iniquidad. Presentemos nuestras peticiones a su santa madre; ella misma irá a los pies de Jesús, Jesús su Hijo, y ella sin duda recibirá los favores que pide. Ella pedirá a Jesús que os perdone vuestras iniquidades, y El os dará cualquier cosa que su madre le pidiera.”

Mis oyentes quedaron tan contentos ante la idea de tener tal abogada a los pies de Jesús intercediendo por ellos día y noche, que todos virtieron lágrimas de gozo. Pensaba yo en ese tiempo que aquella no sólo era la religión de Cristo, sino que la religión de la lógica y que nada podría decirse en su contra. Después del discurso el Obispo se me acercó y me bendijo; me dió las gracias, diciendo que el sermón haría mucho bien en Montreal.

Aquella noche me caí de rodillas y tomé mi Biblia. Mí corazón estaba lleno de gozo por causa del buen discurso que había dirigido por la mañana. Leí en San Mateo 12:46 las siguientes palabras, “Y estando aún él hablando a las gentes, he aquí su madre y tus hermanos están fuera, que le querían hablar. Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están fuera, que te quieren hablar. Y respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquél que hiciere la voluntad de mí Padre que está en los cielos ése es mi hermano, y hermana, y madre.”

Cuando yo hube leído aquellas palabras vino una voz más terrible que la voz del trueno diciendo, “Chiniquy, tú predicaste una mentira esta mañana cuando decías que María había recibido de Jesús siempre los favores que le había pedido. ¿No ves que aquí Jesús está rechazando a su madre? ¿No ves que María viene a pedir un favor, esto es de ver a su hijo, durante cuya ausencia ella había estado sola, debido a que El había dejado la casa por muchos meses para salir a predicar el Evangelio?” Cuando María llegó al lugar donde Jesús estaba predicando, el lugar estaba tan apiñado que ella no pudo entrar. ¿Qué haría entonces ella? Ella levanta la voz y le pide que vaya a verla; pero mientras Jesús oye la voz

de su madre, y con sus divinos ojos la ve ¿le concederá su petición? No. El cierra los oídos a su voz y no atiende la súplica que ella le dirige. Este es un rechazamiento público y ella lo siente muy vivamente. La gente se asombra. Están cavilando, casi escandalizados. Se vuelven a Cristo y le dicen, “¿Por qué no vas a hablar con tu madre?” ¿Qué dice entonces Jesús? No da otra respuesta, sino ésta extraordinaria, “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Y mirando a sus discípulos, dice, “He aquí mi madre y mis hermanos y hermanas.” En cuanto a María, la dejó sola y públicamente la rechazó.

Entonces la voz me habló de nuevo con el poder del trueno, diciéndome que leyera otra vez en San Marcos 3:31-35. Habréis encontrado que Marcos dice que Jesús rechazó a su madre. Leed Lucas 8:19-21. Lucas dice que Jesús rechazó a su madre, no concediéndole la petición. Entonces la voz me habló con terrible poder, diciéndome que Jesús mientras fué niño obedeció a José y a su madre; pero tan pronto como se presentó ante el mundo como el Hijo de Dios, como el Salvador del mundo, como la gran Luz de la humanidad, entonces María tenía que desaparecer. Los ojos del mundo deben volver hacia El solo para recibir luz y vida.

Entonces, amigos míos, la voz me habló toda la noche: “Chiniquy, Chiniquy, tú dijiste esta mañana una mentira, y estuviste predicando fábulas y cosas sin sentido; y predicaste en contra de las Escrituras cuando dijiste que María tiene el poder para conceder de parte de Jesús cualquier favor que le pidamos en cualquier forma.” Oré y lloré y fué una noche en que no dormí.

Al día siguiente fuí a tomar el desayuno con el obispo Prince, el coadjutor, El me dijo, “M. Chiniquy, su apariencia es como si hubiera llorado toda la noche, ¿Qué es lo que le pasa?”

Yo le contesté, “Señor mío, si encuentra Ud. en mi rostro las lágrimas de la desolación, Ud. no se equivoca. Estoy afligido sobre manera; mi corazón está triste.”

“¿Qué le pasa?” preguntó él.

“¡Ah! yo no puedo decírselo aquí,” le contesté.

“¿Me permite señor, Ud. hablar una hora con Ud. en su cuarto a solas? Le contaré un misterio que lo inquietará.”

Después del desayuno fuí con él y le dije: “Ayer Ud. me alabó mucho por el discurso que pronuncié para probar que Jesús siempre había concedido las peticiones de su madre; pero, señor mío, anoche oí otra voz más fuerte que la suya y mi desconsuelo es que estoy por creer que es la voz de Dios. Aquella voz me ha dicho que nosotros, los sacerdotes y obispos católicos romanos, predicamos una falsedad blasfemia cada vez que decimos al pueblo que María siempre tiene el poder para recibir de las

manos de Jesucristo los favores que ella le pide. Esto es una mentira, mi señor: temo que esto sea un error diabólico y condenable.”

El Obispo entonces dijo, “M. Chiniquy, ¿qué quiere Ud. decir con eso? ¿Es Ud. protestante?”

“No,” le contesté yo, “yo no soy protestante. He sido llamado protestante muchas veces porque me agrada leer la Biblia. pero le digo a Ud., francamente, que sinceramente temo que prediqué ayer una mentira y que Ud., mi señor, predicará otra también cuando tenga que decir que necesitamos invocar a María, bajo el pretexto de que Jesús jamás ha rehusado un favor a su madre. Esto es falso.”

El Obispo dijo de nuevo, “M. Chiniquy, Ud. va demasiado lejos.”

“No, señor mio,” dije yo, “no hay por qué hablar más. Aquí está el Evangelio; léalo Ud.” Y puse el Evangelio en las manos del Obispo, y leyó con sus propios ojos lo que yo había leído, y mi impresión es que él leía dichas palabras por vez primera. El pobre hombre estaba tan sorprendido que permaneció mudo y temblando. Finalmente preguntó, “¿Qué significa eso?”

“Bien,” dije yo, “éste es el Evangelio, y aquí Ud. ve que María fué a Jesucristo a pedirle un favor, y El no sólo la reprendió, sino que se negó a considerarla como su madre. El la rechazó publicamente para que supiéramos que María es la madre de Jesús como hombre, y no como Dios.”

El Obispo estaba fuera de sí. No pudo contestarme.

Entonces yo le pedí que me permitiera hacerle algunas preguntas. “Señor mio, ¿quién lo ha salvado a Ud. y quién me ha salvado a mi en la cruz?”

“Jesucristo,” me contestó.

“¿Y quién pagó sus deudas y las mías derramando su sangre?”

El contestó, “Jesucristo.”

“Ahora bien, señor mio, cuando Jesús y María estuvieron sobre la tierra, ¿quién amó más al pecador, María o Jesús?”

Y él de nuevo contestó que Jesús.

“¿Fué alguna vez un pecador a María en la tierra para ser salvo?”

“No.”

“¿Recuerda Ud. si algún pecador fué alguna vez a Jesús para ser salvo?”

“Sí, muchos.”

“¿Fueron ellos rechazados?”

“Nunca.”

“¿Recuerda Ud. si alguna vez Jesús dijo a los pecadores, ‘Venid a María y ella os salvará?’”

“No.”

“¿Recuerda Ud. si alguna vez Jesús dijo a los pobres pecadores, ‘Venid a mí?’ ”

“Sí, El lo dijo.”

“¿Ha retirado El sus palabras?”

“No.”

“¿Quién fué el más poderoso entonces, para salvar a los pecadores” pregunté yo.

“Oh, fué Jesús.”

“Entonces, señor mio, puesto que Jesús y María están ahora en los cielos, ¿puede Ud. mostrarme en las Escrituras que Jesús ha perdido algo de sus deseos y de su poder para salvar a los pecadores, o ha dado este poder a María?”

Entonces el pobre Obispo quedó como un hombre que es condenado a muerte. Temblaba delante de mí, y como no pudo contestarme, se excusó por tener un negocio, y me dejó. Su “negocio” fué que no pudo contestarme.

Yo estaba persuadido, pero no estaba convertido. Había muchos lazos que me ataban al Papa. Había otras luchas que tenían que ser libradas antes de que yo pudiera romper las cadenas que me tenían ligado.

En 1851 fuí al Estado de Illinois a petición de los obispos a fundar una colonia francesa. Llevaba conmigo unos 75,000 canadienses franceses, y me establecí en las magnificas llanuras de Illinois, para tomar posesión de la región en nombre de la Iglesia de Roma. Yo era un hombre rico y compré muchas Biblias y dí una a casi cada familia. El Obispo se puso muy disgustado contra mí por esto, pero no me importó nada. No tenía yo la intención de abandonar la Iglesia de Roma, pero necesitaba guiar a mí pueblo tanto como podía en el camino en que Cristo quería que yo lo hiciera.

El Obispo de Chicago hizo en aquel tiempo una cosa que nosotros los franceses no podíamos tolerar. Fué un gran crimen y yo le escribí al Papa y él ordenó que el Obispo fuese despedido. Fué enviado en su lugar otro Obispo quien comisionó a su Gran Vicario para hacer la paz con nosotros.

El Gran Vicario me dijo, “M. Chiniquy, tenemos mucho gusto que Ud. consiguió que fuera despedido el Obispo anterior, pues era un hombre malo; pero hay la sospecha en muchos lugares que Ud. no está ya en la Iglesia de Roma. Se sospecha que Ud. es hereje y protestante. ¿Quisiera Ud. darnos un documento por el que pudiera Ud. probar a todo el mundo que Ud. y su pueblo son todavía buenos católicos romanos?”

Yo le contesté, “No tengo ninguna objeción.”

El replicó, “Es el deseo del Obispo enviado por el Papa obtener ese documento de parte suya.”

Tomé entonces un pedazo de papel, porque me parecía

entonces una espléndida oportunidad para aquietar la voz que había estado hablándome de día y de noche y que turbaba mi fe. Quise persuadirme por este medio que en la Iglesia de Roma estábamos realmente siguiendo la Palabra de Dios y que no nos apoyábamos en las tradiciones de los hombres. Escribí entonces las siguientes palabras:

“Muy señor mío: nosotros los canadienses franceses de la Colonia de Illinois queremos vivir en la Santa Iglesia Católica Romana, fuera de la cual no hay salvación, y para probar esto a vuestra señoría, prometemos obedecer a vuestra autoridad conforme a la Palabra de Dios, como la encontramos en el Evangelio de Cristo.”

Firmé esto e hice que los míos lo firmaran. Se lo entregué entonces al Gran Vicario y le pregunté qué pensaba de él. El contestó, “Es exactamente lo que deseamos.” Me aseguró que el Obispo aceptaría mi escrito y que todo estaría bien.

Cuando el Obispo hubo leído la sumisión la encontró buena, y con lágrimas de gozo, me dijo, “Oh, tengo tanto gusto de que Ud. haya firmado su sumisión, pues temíamos que Ud. y los suyos se hicieran protestantes.”

Amigos míos, para mostrar mi ceguedad, debo confesar con vergüenza que yo tenía gusto de estar en paz con el Obispo, cuando no estaba aún en paz con mí Dios. El Obispo me dió “una carta de paz,” por la cual declaraba que yo era uno de sus mejores sacerdotes, y volví a los míos con el objeto de permanecer allí. Pero Dios miró hacia mí en su misericordia, y quiso quebrantar aquella paz, que era paz con el hombre y no con El.

El Obispo, después de mi salida, fué apresuradamente a la oficina de telégrafos y telegrafió a los otros obispos mi sumisión, y les preguntó su opinión acerca de ella. Unánimemente le contestaron el mismo día, ¿No ve Ud. que Chiniqy es un protestante disfrazado y lo ha hecho a Ud. protestante? No es a Ud. a quien hace la sumisión a la Palabra de Dios, y si Ud. no destruye esa sumisión, también Ud. es protestante.”

Diez días después recibí una carta del Obispo y cuando fuí a verlo, me preguntó si tenía la “carta de paz” que él me había dado en días pasados. Se la presenté, y cuando vió que era la carta de paz que él deseaba, corrió hacia la estufa y la arrojó al fuego. Me quedé asombrado. Corrí al fuego para salvar la carta, pero era demasiado tarde. Estaba destruida.

Entonces volví hacia el Obispo y le dije, “¿Cómo se atrevió Ud. señor mío, a tomar de mí mano un documento que es propiedad mía y destruirlo sin mi permiso”

El me contestó, M. Chiniqy, soy su superior y no tengo que darle cuenta a Ud.”

“Ud. es sin duda mi superior, y yo no soy sino un

pobre sacerdote, pero hay un gran Dios que está muy por encima de Ud. y de mí y ese Dios me ha concedido derechos que jamás debo renunciar para agradar a ningún hombre; en la presencia de ese Dios yo protesto en contra de esta iniquidad.”

“Bien,” dijo él, “¿ha venido Ud. para predicarme un sermón?”

Yo le contesté, “No, señor mío, pero quiero saber si Ud. me trajo aquí para insultarme.”

El me dijo, “M. Chiniqy, lo traje aquí porque Ud. me dió un documento que Ud. sabía muy bien no era un acto de sumisión.” Entonces dijo que no podía aceptar tal sumisión y que hiciera yo otra sumisión suprimiendo las palabras; “conforme a la Palabra de Dios, como la encontramos en el Evangelio de Cristo.”

Entonces le contesté, “Señor mío, lo que Ud. me pide no es un acto de sumisión, sino un acto de adoración y yo se lo rehusó.”

“Entonces,” dijo él, “si Ud. no puede darme ese acto de sumisión, Ud. no puede por más tiempo ser sacerdote católico romano.”

Entonces levanté las manos a Dios, y dije, “Sea para siempre bendito al Altísimo Dios,” y tomé el sombrero y dejé al Obispo.

Fuí al hotel, a mí cuarto rentado y cerré la puerta. Me caí de rodillas para examinar en la presencia de Dios lo que había hecho. Entonces ví por primera vez con toda claridad que la Iglesia de Roma no podía ser la Iglesia de Cristo. Al fin había aprendido la terrible verdad, no de los labios de los protestantes, no de sus enemigos, sino de los labios de la misma Iglesia de Roma. Ví que no podía permanecer en esa Iglesia a menos que eliminara la Palabra de Dios en un documento formal, la piedra fundamental de mi sumisión a la autoridad de mí iglesia. Entonces ví que hacía bien al abandonar la Iglesia de Roma. Pero ¡oh, amigos míos, qué nube tan oscura me sobrevino! En mis tinieblas yo clamaba, “Dios mío, ¿en dónde está tu Iglesia? ¿A dónde debo ir para ser salvo? Oh, Dios de mí salvación ¿en dónde está tu ley salvadora? Oh, querido Jesús, ¿por qué es que mi alma está rodeado de tan oscura nube?”

Con lágrimas clamaba a Dios que me mostrara el camino por el cual debería ir para ser salvo; pero por un tiempo, no se me concedió respuesta. ¡Yo había abandonado a la Iglesia de Roma; había renunciado mi puesto, mi honor, a mis hermanos y hermanas, todo lo que era amado de mí! Ví que el Papa, los obispos y los sacerdotes me atacarían en la prensa, en el púlpito y en el terrible confesionario, donde atacan al hombre de tal manera que uno no sabe de dónde viene el golpe. Ví que ellos me quitarían el nombre, la honra y aún quizá la

vida. Ví que una guerra a muerte iba a principiar entre la Iglesia de Roma y yo, y esperaba ver si habían quedado algunos amigos que viniesen en mi ayuda para librar la batalla, pero no quedaba ni un solo amigo. Ví que aun mis amigos más queridos estaban comprometidos a maldecirme y a mirarme como un infame traidor. Ví que mi gente me rechazaría, mi amada patria donde yo tenía tantos amigos me maldeciría y que yo había venido a ser un objeto de horror en el mundo.

Entonces traté de recordar si yo tenía algún amigo entre los protestantes, pero como yo había hablado y escrito en contra de los protestantes toda mi vida, allí no tenía ni un solo amigo. Ví que había sido abandonado para pelear la batalla contra Roma. Esto era mucho, y en aquella terrible hora si Dios no me hubiera hecho un milagro, habría quedado convertido en cadáver. La vida me vino a ser una carga tal que sentí no poder llevarla por más tiempo. Mi mente se turbaba, y me parecía imposible salir de aquel cuarto al frío mundo donde no encontraría una mano que estrechar o una sola cara sonriente que me mirara. Me parecía imposible salir de aquel cuarto al frío mundo en donde escucharía la maldición de millones, y donde, ya sea que mirara al este o al oeste, al sur o al norte, vería sólo a los que me llamarían infame traidor.

Me parecía que Dios estaba muy lejos de mí, pero El se encontraba cerca. De pronto vino a mi mente este pensamiento. “Tú tienes contigo tu Evangelio, léelo, y encontrarás luz.” Sobre mis rodillas, y con una mano trémula, abrí el libro; no yo sino mi Dios lo abrió, pues mis ojos cayeron sobre 1 Corintios 7:23, “Comprados sois por precio: no os hagáis siervos de los hombres.”

Con estas palabras me vino la luz y por primera vez ví el gran misterio de la salvación tanto como el hombre puede verlo y me dije, “Jesús me compró: entonces, si Jesús me ha comprado, ¡El me ha salvado y yo soy salvo! ¡Jesús es mi Dios, todas las obras de Dios son perfectas! Yo estoy, por tanto, perfectamente salvado: Jesús no pudiera haberme salvado sólo a medias. ¿Pero cuál es el precio que El pagó?” Y la respuesta vino tan repentina como un relámpago, “¡La sangre del Cordero derramada en la Cruz: la vida de Jesús dada en el Calvario me ha salvado!” Y con llanto y lágrimas de gozo yo me dije, “Oh, soy salvo por la muerte de Jesús.” Y aquellas palabras me eran tan dulces que sentía un gozo inefable, como si las fuentes de la vida se habieran abierto y avenidas de nueva luz hubieran fluido sobre mi alma. Con gozo inexplicable me dije, “No soy salvo, como creía, por el hecho de ir a María; no soy salvo por el purgatorio, o por las indulgencias, confesiones y penitencias. ¡Soy salvo sólo por Jesús!” Y todas las falsas doctrinas de

Roma huyeron de mi mente como cae una torre que es golpeada en su base.

Entonces sentí tal gozo, tal paz, que los ángeles de Dios no pidían ser más felices que yo. Con un grito de gozo, dije, “¡Oh, querido Jesús, yo lo siento, yo lo sé, Tú me has salvado! ¡Oh, Don de Dios, yo Te acepto, toma mi corazón y guárdalo para siempre como tuyo! ¡Don de Dios, adorable Jesús, yo Te acepto, sí, yo Te amaré hoy, mañana y para siempre! ¡Don de Dios, habita en mi para siempre! ¡Don de Dios, habita en mi para hacerme puro y fuerte, habita en mí para ser mi camino, mi luz, y mi vida: concédeme habitar en Ti ahora y para siempre! ¡Pero, querido Jesús, no me salves a mí solo; salva también a mi gente, concédeme mostrarles también el Don! ¡Oh, que ellos acepten el Don, y se sientan ricos y felices como yo me siento ahora!”

Fué así como encontré el Don inefable; fué de este modo cómo encontré la luz y el gran misterio de nuestra salvación, que es tan sencilla y tan hermosa, tan sublime y tan grande. Yo había abierto las manos del alma y había aceptado el Don. Yo era rico en el Don. Me sentía salvo en el Don. Estaba seguro como lo estoy ahora, que Jesús no podía venir a engañarme. La salvación, amigos míos, es un don. No tuve ninguna otra cosa que hacer que aceptarla, amarla y amar al Dador. Oprimí mi Evangelio con los labios y lo bañé con lágrimas de gozo, y juré que no predicaría otra cosa sino a Jesús.

Llegué en medio de la gente de mi Colonia el domingo por la mañana. Toda la gente estaba sumamente excitada, y corría hacia mí y me preguntaba las nuevas que llevaba. Cuando se hubieron reunidos en la inmensa iglesia, que los católicos romanos quemaron más tarde, yo les presenté el Don inefable. Pensé al principio que se volverían en contra de mí para echarme fuera. Les mostré lo que Dios me había presentado, a su Hijo Jesús como un Don, y por Jesús El me había enviado el perdón de mis pecados y la vida eterna como un don. No sabiendo si ellos aceptarían el don o no, les dije, “Es ahora tiempo de que me vaya de vosotros, amigos míos. He abandonado la Iglesia de Roma para siempre. He tomado el don de Cristo, pero os respeto lo suficiente para no imponerme; si creéis que es mayor seguir al Papa que seguir a Cristo, e invocar al nombre de María que invocar al nombre de Cristo para ser salvos, decídmelo, poniéndoos de pie.”

Para mi sorpresa, toda la multitud permaneció en sus asientos, llenando la iglesia de sollozos y de lágrimas. Pensé que alguno de ellos me diría que me saliera, pero ninguno lo hizo. Y observándolos, ví un cambio que se operaba en ellos, un cambio maravilloso, que no podía explicarse por las leyes naturales, y yo les dije con un grito de gozo:

“El Dios poderoso que me salvó a mí ayer, os puede salvar hoy. Cruzaréis conmigo el Mar Rojo y entraréis a la Tierra Prometida. Aceptaréis conmigo el gran Don, seréis felices y ricos en el Don. Os pondré la misma pregunta en otra forma: ¡Si pensáis que es mejor para vosotros seguir a Cristo que al Papa, invocar al nombre de Jesús solamente, si pensáis que es mejor poner vuestra confianza, durante vuestra vida, sólo en la sangre del Cordero derramada por vosotros en la Cruz, y si creéis que es mejor para vosotros tenerme para que os predique el puro Evangelio de Cristo, que tener un sacerdote que os predique las doctrinas de Roma, decídmelo, levantándoos, y yo seré vuestro pastor!”

Y todos sin una sola excepción, se pusieron de pie, y con lágrimas de gozo, me pidieron que permaneciera con ellos.

El Don, el grande, el inefable Don, por vez primera había venido delante de sus ojos en su hermosura; ellos lo habían encontrado precioso: lo habían aceptado; y no hay palabras que puedan explicar el gozo de las multitudes. Como yo mismo, ellos se sintieron ricos y felices con el Don. Los nombres de mil almas, yo calculo, fueron escritos en el Libro de la Vida aquel día. Seis meses más tarde éramos dos mil convertidos; un año después éramos como cuatro mil, y ahora somos cerca de veinte y cinco mil que hemos lavado nuestra ropa en la sangre del Cordero.

La noticia se esparció, tan rápida como un rayo por toda la América, y aún en Francia e Inglaterra, que Chiniqy, el sacerdote más conocido del Canadá, había abandonado la Iglesia de Roma encabezando un grupo noble de hombres. Y dondequiera que se decía ésto, se alababa el Nombre de Jesús. Espero que vosotros bendeciréis al misericordioso y adorable Salvador cuandoquiera que sea mi privilegio contar lo que El ha hecho por mi alma.

Orad por los católicos romanos de las Américas y de todas partes para que ellos puedan recibir con vosotros el inefable Don; amad y glorificad al Don durante los pocos días de la peregrinación, y por toda la eternidad. Amén.

